



Groucho, cerebro gris del grupo, en su autobiografía y en su correspondencia, mientras se ríe de todos, refleja también la tristeza que le produce la imbecilidad del entorno.

ALREDEDOR DE LOS INQUIETOS BIGOTES DE GROUCHO

IMPOSIBLE concebir a los hermanos Marx (¿tres?, ¿cinco?) sin la figura espléndida, anárquica, incisiva, demolidora y menudita de Groucho. Posiblemente el más creativo de los hermanos, el más corrosivo y el más lúcido; Groucho vuelve ahora, por diversas circunstancias, como tema de actualidad. De un lado, su presencia en el último Festival de Cannes con motivo del homenaje que se le ha hecho («porque creen que me voy a morir este año y se han dado prisa»); de otro, la publicación en España de su autobiografía «Groucho y yo», la reposición de alguna de sus películas y las recientes ediciones francesas de libros dedicados al trío o, muy especialmente, a él (1).

Groucho ha sido siempre el hombre más destacado del grupo. Su falso bigote (pintado y no auténtico, porque un día, al llegar tarde a una representación no tuvo tiempo de colocarse el postizo que aún usaba), su cinismo, su peculiar afán de lucro, su desparpajo e indiferencia ante los cánones estrictos de la sociedad en que se mueve, su irreplicable sentido del erotismo (del que casi siempre hizo víctima a la inefable Margaret Dumont, la «señora milloneta»: «... Es usted la mujer más guapa que he visto nunca... lo que no demuestra nada en su favor»), su sentido de la destrucción, al llevar al límite, implacablemente, la lógica de las estructuras y las relaciones humanas; su, por lo tanto, imaginativa concepción del absurdo y lo grotesco, hacen de Groucho (sin olvidar, claro está, la existencia de sus hermanos, fundamentalmente Chico y Harpo) uno de los más valiosos e irremplazables fustigadores de la estupidez humana o, lo que es lo mismo, de la sociedad que los hombres han inventado.

«No estoy seguro de cómo me convertí en comediante o actor cómico. Tal vez no lo sea. En cualquier caso, me he ganado la vida muy bien durante estos años, haciéndome pasar por uno de ellos». (De su autobiografía.)

Para los Marx, ser comediantes fue una casualidad inevitable a la

que les condujo su situación de extrema pobreza. («Mi padre, que era sastre, aunque esta era una idea que sólo él sustentaba, tenía unos ingresos semanales que oscilaban entre dieciocho dólares y nada»). Los hermanos se vieron obligados a trabajar desde muy jóvenes («Chico fue el único que consiguió acabar sus estudios elementales»), llegando así a conocer el absurdo mundo que les rodeaba. Sus patronos fueron, en la versión de Groucho, unos seres enloquecidos, explotadores, que obligaban a que sus empleados practicasen, cuando no reinventaran, la picaresca. («A estas alturas, probablemente haya usted descubierto que todos los hermanos éramos unos mentirosos inveterados. No debe usted mostrarse demasiado severo con nosotros, porque habíamos descubierto, al principio de la vida, que las mentiras continuas y consistentes eran el único camino para sobrevivir».)

Llegar a actores no solucionó, de momento, su «status» social. Por un lado, su situación económica no mejoraba («Fíjese bien, yo empecé sin un céntimo y he conseguido llegar a una situación de extrema miseria», Groucho, en la película «Monkey Business», 1931), y por otro, «la posición de un actor en la sociedad estaba entre la de un gitano echador de cartas y un carterista. Cuando un espectáculo de cómicos ambulantes llegaba a una pequeña ciudad, las familias encerraban bajo llave a sus hijas, corrían los cerrojos y ocultaban los objetos de plata. Para darte una idea del nivel social de los actores, un plantador de Louisiana comunicó una vez a uno de mis hermanos que lo mataría si volvía a verle hablando con su hija. Sólo el hecho de que el plantador estuviese aquella tarde ocupado asistiendo a un linchamiento impidió que disparara contra mi hermano».

Los Marx pasaron hambre, robaron manzanas, querían prosperar, descubrieron que la gente era imbecil, quisieron entrar en el juego, aunque sabían que el juego era una estupidez; y un poco porque todo les daba igual y otro poco porque

querían sobrevivir, se sorprendieron a sí mismos como seres divertidos y de éxito cuando se reían de los demás, cuando sacaban fuera su agresividad y gritaban a los espectadores que vivían en el más absurdo, enloquecido y ridículo de los mundos posibles.

A juzgar por sus declaraciones, los Marx (con Groucho, cerebro gris, a la cabeza) no se propusieron un humor crítico, corrosivo o demolidor. Si finalmente fue así se debió a una serie de circunstancias, a las que ellos, por supuesto, no eran ajenos; pero que no partían de un planteamiento de frío raciocinio y de equilibrada meditación.

Groucho se ríe hasta de su padre. Basta leer su libro autobiográfico para verlo rápidamente. Se ríe de sí mismo, de todo cuanto hace y de cómo lo hace. Pero en su narración se puede entrever, además, una especie de tristeza infinita, de aburrimiento crónico, al haber descubierto ya todas las posibles variantes de este estrecho mundo y sus consiguientes explicaciones. Groucho hace cine, o televisión, o teatro, o escribe un libro, o da una conferencia, observando con estupor cómo la gente que le rodea fabrica espectáculos en serie; vive su pequeña vida mecánica en la convicción de que está haciendo algo importante. Metido en el engranaje, se deja llevar, seducido por su mejora económica, aterrado ante la idea de volver de nuevo a la miseria. Lo único que parece interesarle realmente, lo único que considera vivo todavía es, aunque en ocasiones se esfuerce en disimularlo, su afecto por sus hermanos (principalmente por Harpo) o por sus amigos (Thalberg), o por la poca gente que conoció y que merecía la pena respetar (T. S. Elliot).

El humor destructivo de los Marx parte de tres puntos fundamentales. De un lado, su insobornable utilización de la lógica; la lógica cotidiana del mundo nuestro de cada día.

(«CHICO.—Un coche y un chófer cuestan demasiado. He vendido mi coche.

GROUCHO.—¡Qué tontería! En su lugar, yo hubiera vendido el chó-

fer y me hubiera quedado con el coche.

CH.—No puede ser. Necesito el chófer para que me lleve al trabajo por la mañana.

GR.—Pero, ¿cómo va a llevarle si no tiene usted coche?

CH.—No necesita llevarme. No tengo trabajo».) (De la película «Horse Feathers», 1932.)

De otro, la ausencia total de hipocresía, de participación cómplice en las «buenas costumbres». («¡Cuánto más honesta es la actitud inglesa que la nuestra! Nosotros presumimos y, con la cabeza muy erguida, decimos que esas cosas no existen aquí. Desdichadamente, sí existen; pero en lugar de quedar confinadas en un distrito específico, tal como era antes, ahora se practica en todas partes. Sin embargo, cerramos los ojos y declaramos con ademán moralizante que no aprobamos la prostitución».) (De «Groucho y yo».)

Por último, el afán de dinero y de erotismo y, para ello, la sabia utilización de la estupidez de los colocados: el engaño y la astucia. («GROUCHO.—¿Y su marido?

MARGARET DUMONT.—Murio.

GR.—Eso es un pretexto.

M. D.—Yo estuve cerca de él hasta el fin.

GR.—No es sorprendente, entonces, que se muriera.

M. D. [llorando].—Yo le tenía en mis brazos, le besaba...

GR.—¡Ah! ¡Ah! ¿Se trata de un asesinato, ¿eh?

M. D.—... Me dejó toda su fortuna...

GR.—¡Ah, mi señora! ¿Entiende usted lo que quiero decirle? ¡La amo!

M. D.—¡Oh, excelencia!...

GR.—Porque, además, bien visto, no está usted tan mal...».) (De la película «Sopa de ganso», 1933.)

Tres fuentes que transforman a los Marx en unos seres molestos, que no perdonan; que cargan contra todo y con fuerza.

Los Marx, autobiógrafos en todas sus películas, tenían, en su carga revulsiva, esos límites propios de la risa que, al mismo tiempo que la incordia, abre las grandes traga-

Los hermanos Marx, realmente tres, condenados por Mussolini, anárquicos y demoledores, se rieron de todo y no dejaron títere con cabeza.

deras de los que deben molestarse. Hoy, convertidos en clásicos, sus películas se pasean por los cines de arte y ensayo —una sala de París está dedicada en este momento exclusivamente a los Marx—, y se reciben como estímulo de risa o como información cultural. Sin embargo, según dicen en su libro Zimmerman y Goldblatt, en 1939, Benito Mussolini prohibió a sus súbditos reírse con las películas del famoso trío, condenándole, por supuesto; y en el mismo año, en un mitin pro nazi organizado en Nueva York, un orador describió a los

te, no me sentí inclinado a discutirle».

El capítulo más importante de las actividades de Groucho hay que encontrarlo en su trabajo, en las largas polémicas con los hombres de la televisión, que, a veces, no aceptaban sus extraños «shows», con los dirigentes de las productoras de cine que le ofrecían guiones estúpidos para públicos estúpidos, en la dirección de sus películas (Sadoul atribuye la dirección de esas películas a los tres hermanos, firmara quien firmara la realización), en la invención de

que aguardamos con impaciencia. Lo llamamos la hora del «cocktail». Tomamos cada uno un vaso de zumo de ciruelas, un canapé de queso y una bolsita de caramelos.

A las 18 horas hacemos nuestra gran comida: Yogur Sintético, «calva maison» y un poquito de pipas de girasol. A las 18,20 vemos «Soupy Sales» y sus amigos tan graciosos que se divierten mucho entre sí a juzgar por sus chistes burlescos. A las 19, nos sentamos en dos sillones de respaldo recto y, cara a cara, nos cogemos las manos. A las 19,30 vemos «La tournée del consumidor», después «Seguridad Social y tercera edad». Luego nos ponemos algunos discos viejos de aquel excelente Lawrence Welk con su orquesta mitad hombre, mitad mujer. A las 20 horas, nos tomamos dos Sonuctane, tres aspirinas y una dosis de L.S.D. y nos vamos al país de los sueños, en la espera febril de las emociones que el día siguiente nos reserva.

Ahora te dejo, porque tengo que ir al dentista. Arriba los corazones y ven pronto...» (Carta a su amigo Harry Kurnitz, guionista y autor dramático, fechada en 1965.)

El sentido político del trabajo de los Marx está en su propio trabajo. Ahora, que vuelven a estar de moda, hay quien se dedica a criticarlos en función de su vida privada o de sus contactos personales, olvidando lo que, sin duda, es más importante: sus películas y la «lectura» precisa que de ellas se haga. De sus posibilidades revulsivas, más en su momento que hoy, o, aún, de su actualidad continua. Las trece películas de los Marx (de las que doce se han estrenado en España —falta aún «Big Store», de 1941 [2], con la figura espléndida de Groucho —del que decía Gonzalo Suárez (3) que bastaba que atravesara por un plano de «El séptimo sello» para que todo lo que no fuera realmente válido en esa película se destruyera, que bastaba saber cambiar a tiempo los billetes de Hitler por los de Groucho para que el nazismo se viniera abajo—, tienen por sí mismas un sentido y un valor que no pueden ser anulados o revitalizados por cuestiones ajenas.

Desgraciadamente, los Marx dejaron de hacer cine. Rodando «Una noche en Casablanca» (1946), Groucho, colgado de una escalera y agitado por grandes ventiladores,

pensó: «Groucho, viejo amigo —y créeme, eres un viejo—, ¿no te parece que ésta es una manera muy ridícula de emplear los pocos años de vida que te quedan?». Y, terminando de rodar, «saludamos a todo el mundo, y, sin sorpresa para Chico ni para Harpo, anuncié que me retiraba del cine» (4).

Chico murió en 1961. El «New York Times», dijo: «Sin él no hay posibilidad de que los hermanos Marx continúen. Ha desaparecido el equipo más divertido e incisivo del siglo XX. Pobre Chico. Pobres de nosotros».

Harpo también murió a los setenta años, en 1964. Groucho escribió: «Habiendo trabajado con Harpo durante más de cuarenta años, tiempo más largo que el de cualquier matrimonio, su muerte ha dejado un gran vacío en mi vida. El merecía todos los calificativos que se han utilizado para describirle. Era un hombre encantador, en el más pleno sentido de la palabra. Adoraba la vida y la ha vivido alegre y profundamente. No se puede hacer un epitafio mejor».

Zeppo, Gummo y Groucho juegan al golf, perdidos por Beverly Hills. Algunas veces, Groucho aparece en la televisión. O acepta un homenaje como el de Cannes de este año. Escribe cartas, aunque quizá ya no sean tan elocuentes como la que le dictaba a su secretario en la película «Animal Crackers» (1930): «GROUCHO.—A mis abogados Hundadunda, Hundadunga y Mac Cormack. Señores. Punto de interrogación... Harrumphhh (aclarándose la garganta).

SECRETARIO.—¿Me to también ese harrumphhh en la carta?

GR.—No. Métalo en el sobre. Bien. En res. de su grat. del quince, vía cartero, paréntesis, hemos cuidadosamente analizado el objeto de esta correspondencia y nos parece crear, c-a-d, pensar q.e.s.m., exabrupto, que, a pesar de todas sus medidas previsoras, nos ha parecido que la necesidad no se ha aclarado como el día para que nosotros lleguemos a intervenir, salvo recibir un «ipso facto» que no será despreciable en la presente situación, abra comillas, cierre comillas, vuélvalas a abrir, en la esperanza de verles les ruego que sobrevivan, fechado el nueve de junio, siempre cordialmente, Capitán Jeffrey T. Spaulding...» ■ DIEGO GALAN.



hermanos Marx como típicos productos de la cultura comunista y planteaba la necesidad de destruirlos.

La vocación política de Groucho Marx no aparece clara. En una indignada carta del abogado Booth Tarkington, éste hace una referencia a las opiniones políticas de Groucho lanzada públicamente: «Usted afirma que no es partidario del "New Deal", que no es republicano, que no es comunista ni socialista, porque pretende que yo adivine lo que es usted (...). Luego, continúa usted diciendo que usted siempre ha votado por un hombre, jamás por un partido, lo que significa que si alguien le gusta no le importa a usted de qué se rodea o qué gente va a acabar imponiéndole...». Entre esas personas que Groucho admiraba se encontraba, sobre todo, Truman, con quien mantuvo una breve correspondencia y al que alguna vez vio: «He comido en Kansas City con Truman y nos hemos divertido bastante. Estuvo adorable. Hablando de su discurso en la televisión del día anterior, me dijo: "Groucho, cada palabra que pronuncié era la verdad misma de Dios". Naturalmente, me estaba mintiendo, pero dado que la comida se me ofrecía gratuitamente

nuevos «gags». Cuando no trabajaba, la vida de Groucho carecía de sentido:

«... Como tantos otros amigos, tú también pareces inquietarte por mi inactividad profesional. Te preguntas cómo pasan nuestros días. Das a entender que debemos aburrirnos. Y yo, en respuesta a eso, no puedo más que decirte: Dios mío, qué poco me conoces...»

Déjame contarte una jornada típica de mi vida. Salto de la cama con las primeras luces de la aurora. A las siete en punto, me zampo un zumo de naranja, una tostada, una pizquita de mermelada y un cortadillo de Déca... Después de haberme lavado los dientes, veo en la televisión los maravillosos programas infantiles de dibujos "Woody Woodpecker" y "Captain Kangourou". A las nueve, me echo la siesta hasta mediodía. Luego, viene el almuerzo.

Me tomo un bote de Millical y una loncha de pescado. Después del almuerzo me echo la siesta hasta las dos; luego veo los maravillosos programas "Huckleberry Hound" y, si mi mujer ha salido a hacer compras, "Tribunal del divorcio". Después de eso me lavo los dientes y me echo la siesta hasta las 17,30. Las 17,30 es el momento

NOTAS

(1) «Los Marx Brothers au Cinéma», de B. Goldblatt y P. Zimmerman, y «Correspondencia de Groucho Marx», selección de sus mejores cartas.

(2) Los títulos son: 1930: «The cocoanuts» («Los cuatro cocos»); «Animal Crackers» («El conflicto de los Marx»); 1931: «Monkey Business» («Naderías»); 1932: «Horse Feathers» («Plumas de caballo»); 1933: «Duck soup» («Sopa de ganso»); 1935: «A night at the opera» («Una noche en la ópera»); 1936: «A day at the races» («Un día en las carreras»); 1938: «Room service» («El hotel de los lios»); «A day at the circus» («Una tarde en el circo»); 1940: «Go West» («Los hermanos Marx en el Oeste»); 1941: «Big Store»; 1946: «A night in Casablanca» («Una noche en Casablanca»); 1948: «Love Happy» («Amor en conserva»), según la traducción española de José Luis Guarnar.

(3) TRIUNFO número 426.

(4) A pesar de despedirse oficialmente, luego haría, junto a Marilyn Monroe la que sí sería su última película: «Amor en conserva».